



*MANA*

## LA APARICION

DE LA

## SANTÍSIMA VÍRGEN DE LA SALETA

DE LOS ALPES.

## ROMANCE.

### INTRODUCCION.

Hoy quiero dar de mi lira  
 á las juguetonas auras  
 los clamores sonoros,  
 las armónías galanas;  
 que hoy dedico sus acentos  
 á la Virgen Sacrosanta;  
 la que mi mas dulces trovas  
 á mi lábio siempre arranca;  
 la que siempre desde niño

con devocion entusiasta  
 he implorado fervoroso  
 en mis cuitas mas amargas.  
 Porque allá entre los albores  
 de mi vida se fijaban  
 mis pupilas en su imágen  
 que amorosa me miraba.  
 Dulce edad ¡ay! era aquella  
 en que la terrible Parca  
 las caricias de mi madre  
 aun feroz no me robara.

Dulce edad en que adormido  
 muchas veces en su falda,  
 al contacto de sus besos  
 alegre me despertaba.  
 Y entonces mi buena madre  
 á su seno me acercaba,  
 para darme los latidos  
 que de su afecto brotaban.  
 Y mostrándome del cielo  
 las nubes tornasoladas,  
 me decia con voz dulce,  
 que aun mis oidos regala:  
 «Niño mio de mis ojos,  
 hijo mio de mi alma,  
 tras de esa celeste bóveda,  
 que de nieve y rosa el alba  
 viste y argenta la luna  
 en la noche solitaria,  
 entre luceros brillantes  
 y entre estrellitas de plata;  
 tras de esa celeste bóveda,  
 que á veces las nubes pardas  
 tienen, y el triste relámpago  
 con luz fosfórica inflama;  
 cuando los añosos árboles  
 fiero el huracan desgaja,  
 y los rios se desbordan,  
 y las olas encrespadas  
 al medroso navegante  
 embrevcidas amagan;  
 tras de esa celeste bóveda  
 tan pura, hermosa y diáfana,  
 existe una gran Señora,  
 tan bella cual mi palabra  
 no es posible pintar pueda  
 ni nadie te la pintara:  
 que esa Señora, hijo mio,  
 ha llevado en sus entrañas  
 al Redentor de los hombres,  
 al que á la tierra bajara  
 llevado de amor inmenso  
 con que á los mortales ama.  
 Y esa Madre cariñosa  
 contempló entre tristes ansias,  
 primero, cual le prendieron,  
 y despues, cual le azotaban,  
 coronándole de espinas

entre burlas y algazara,  
 y ¡ay! en pos una cruz tosca,  
 que mucho, mucho pesaba,  
 vió que pusieron crueles  
 sobre su llagada espalda,  
 le llevaron á la cumbre  
 de una empinada montaña,  
 y á aquella cruz le enclavaron,  
 y vinagre é hiel mezclada  
 le dieron entre el escarnio  
 porque su sed apagara.  
 Y en tanto se le escucharon  
 frases de perdon magnánimas,  
 con que piedad para el hombre  
 á los cielos imploraba.»  
 Esto le oia á mi madre,  
 y yo siempre al escucharla  
 creia que de los cielos  
 la bóveda se rasgaba,  
 y entre celajes de nieve,  
 matizados de oro y nácar,  
 ver creia esa Señora  
 tan hermosa y tan galana,  
 que solo un punto con verla  
 mis ojos se deslumbraban.  
 Su sedosa cabellera  
 suelta y brillante flotaba,  
 su tersa frente el jazmin  
 por su blancura envidiara,  
 sus lábios de la amapola  
 rojo el color retrataban,  
 y sus pupilas azules  
 acariciando mi alma  
 en el éxtasis mas dulce  
 felice la embriagaban.  
 Y de entonces cuando sufro  
 de esta vida las borrascas;  
 cuando el fiero desengaño  
 implacable me maltrata,  
 y la pobreza me afije,  
 y me apena la desgracia,  
 y en torno vuelvo los ojos  
 con el alma destrozada,  
 sin encontrar lenitivo  
 para mis cuitas amargas;  
 de entonces siempre recuerdo  
 de mi madre las palabras,

que entre besos y caricias  
 en mi oído murmuraba,  
 diciendo: «cuando yo muera,  
 hijo mío, si te asalta  
 despiadado el infortunio,  
 si la pobreza te amaga,  
 y te ves desamparado,  
 sin hogar, sin pan, sin nada,  
 recurre siempre en tus cuitas  
 á la Reina Soberana  
 de los cielos, y no dudes  
 que si contrito la llamas,  
 querrá siempre cariñosa  
 secar tus ardientes lágrimas.»  
 Y por eso yo al mirarme  
 affigido, mis plegarias  
 á ella elevo, y mis dolores  
 siempre benévola calma.  
 Que es tesoro de clemencia,  
 do las affigidas almas  
 hallan consuelo constante,  
 resignación y esperanza.  
 Y ora este humilde poeta  
 feliz entrega á las auras  
 de su lira sonora  
 las armonías galanas,  
 para á su dulce murmullo  
 cantar con voz entusiasta  
 la grandeza y las bondades  
 de la Virgen Sacrosanta;  
 la que mi mas dulces trovas  
 á mi lábio siempre arranca;  
 la que siempre desde niño  
 con devoción entusiasta  
 he implorado fervoroso  
 en mis cuitas mas amargas.  
 Y tú pueblo que me escuchas,  
 pueblo creyente de España,  
 no desdénese esta trova  
 que mi afecto te consagra,  
 y al conocer los prodigios  
 que en mi canción se relatan,  
 inclínate reverente  
 murmurando una plegaria  
 á la Reina de los cielos  
 que tanto y tanto te ama,  
 que te dió para salvarte

al hijo de sus entrañas;  
 y despues siempre solícita,  
 cuando á Dios iluso agravias,  
 que te perdone clemente  
 humilde le demanda.  
 Lee, pues, este romance,  
 pueblo de la noble España;  
 romance que un gran suceso  
 á mi mente le dictara,  
 y del invierno aterido  
 en la noche triste y larga,  
 cuando del Euro se escuchan  
 rugir las potentes ráfagas,  
 y se oye el son continuado  
 de la lluvia acompasada,  
 entonces, vosotras madres,  
 cual la mía, en vuestra falda  
 colocad al pequeñuelo,  
 que sonrisas os arranca,  
 y entre el beso cariñoso  
 y la caricia estremada  
 que constante vuestro afecto  
 con delirio le regala,  
 referidle el episodio  
 que aquí mi pluma relata;  
 y cuando el niño sea hombre,  
 lo mismo que á mí me pasa  
 cuando á mi madre recuerdo  
 entre suspiros y lágrimas,  
 cubrirá de siempre vivas  
 vuestra tumba solitaria.

## I.

## LA APARICION.

Lira mia, lira mia,  
 lira que ya abandonada  
 tuve á impulsos de pesares  
 que mi pecho laceraban;  
 lira mia, yo quisiera  
 que hoy vigorosa vibraras,  
 y tu acento desde un polo  
 hasta el otro resonara.  
 ¿Sabes tú lo que pretendo?  
 pues quiero, lira galana,

cantar un dia felice  
 que la Virgen Sacrosanta  
 deplorando los errores  
 de tantas ilnsas almas,  
 á la tierra descendiendo  
 afligida y apenada,  
 hizo escnchar sn sentida  
 y cariñosa palabra.  
 Y por eso yo quisiera,  
 cuando las fnerzas me faltan,  
 robnstecer tus acentos,  
 lira, que vibras cansada.  
 Y por eso yo te ciño  
 de rosas frescas y blancas  
 que lo pnro de mi afecto  
 hácia la Virgen retratan;  
 tus mas tiernas armonías  
 á los espacios, pnes lanza,  
 aunque luego en pos ya nunca  
 resuenen las notas lángnidas,  
 tiernas, anaves, sentidas,  
 que de tí siempre brotarán  
 para cantar las creencias,  
 las creencias de mi alma.  
 Una tarde de Setiembre,  
 rica en luz, serena y clara,  
 del año mil ochocientos  
 cuarenta y seis se encontraban  
 en los Alpes dos pastores  
 apacentando sus vacas.  
 Eran niños todavía,  
 y Maximino y Melania  
 eran sns nombres; quince años  
 la zagaleja contaba,  
 y once solo el pastorcillo  
 de que la tradición habla.  
 Se encontraban, como digo,  
 en nn sitio que se llama  
 La Saleta, y que coronan  
 dnras rocas encrespadas.  
 Su comida allá á las doce  
 hicieron, segun es fama,  
 y dormidos se quedaron  
 aunque no lo acostubraban.  
 Al despertar, con sorpresa  
 su ganado no encontraban,  
 y fueron despavoridos

en sn busca con mil ansias.  
 Mas á poco le encontraban  
 que tranquilo seesteaba  
 en nn monte de allí próximo,  
 conocido por el Gargas.  
 Volvieron por los zurroneos  
 al sitio do los dejaran,  
 que era donde hnbo una fuente  
 que entonces seca se hallaba,  
 mas con espanto advirtieron  
 que una claridad brotaba  
 de aquelsitio, y temerosos  
 se pararon en sn marcha.  
 Mas fijándose de nuevo,  
 en una peña sentada  
 miraron una Señora  
 que un gran pesar demostraba.  
 La tímida pastorcilla,  
 la zagaleja Melania,  
 sintió que el ánimo y fuerzas  
 de improviso le faltaban,  
 dejó caer el cayado  
 y á segnrir mas se negaba.  
 Pero entonces Maximino  
 la dijo por animarla:  
 coje el cayado y no temas,  
 si de hacernos daño trata,  
 yo con el mio te ofrezco  
 defenderte, y sabré darla  
 nn buen golpe... no lo dudes,  
 ya verás:» aquí llegaba  
 de su valiente arrebató,  
 cuando vió que levantada  
 la Señora con cariño  
 y dulzura les miraba,  
 y crnzándose de brazos  
 les decia con voz clara,  
 que armónica cnal la brisa  
 que por los cerros divaga,  
 vibrante por los espacios  
 y sonora resonaba:  
 —«Hijos míos, pues les dijo,  
 venid y no temais nada,  
 de daros una noticia  
 tan solo mi afecto trata.»

## II.

## LA PROFECÍA.

¿Habeis oido en la noche  
 primaveral, la enramada  
 que se mece dulcemente  
 cuando el cefirillo pasa;  
 y el murmullo del arroyo  
 oisteis cuando resbala  
 con suave melodía  
 sobre su lecho de plata;  
 y del rio sonoro  
 que entre los peñascos salta  
 escuchasteis los acentos  
 que paz infunden al alma;  
 y de la mar adormida  
 lijeramente rizada  
 oisteis el son al lejos  
 que suspirante se escapa?  
 Pues con mayor melodía  
 se oyó una voz que pausada  
 decia á los pastorcillos  
 que tímidos se acercaban:  
 —«Nada temais, llegad cerca,  
 y recordad las palabras,  
 que á escuchar vais de mi lábio  
 sin nunca mas olvidarlas.  
 Hace muchísimo tiempo  
 que de este mundo apiadada,  
 yo la diestra de mi Hijo,  
 yo sostengo sin dejarla  
 que los castigos fulmine  
 contra el mundo que le agravia.  
 Mas su diestra pesa mucho,  
 y si fuerzas mas faltaran  
 ¡ay, hijos! con honda pena,  
 sin ya poder evitarlas,  
 yo veria de los hombres  
 las justísimas desgracias  
 con que el Rey de, cielo y tierra  
 sus pecados castigara.  
 Y sino, decidme, hijos,  
 ¿rezais mucho?....

—Casi nada,

respondieron los pastores.  
 —Ya lo veis, vuestras plegarias  
 que á mi Hijo ablandarian  
 son cada vez mas escasas.  
 ¿Qué decirle cuando veo  
 que un dia se reservara,  
 uno tan solo en los siete  
 que forman á la semana,  
 y este dia se le roba,  
 y pocos se lo consagran?  
 Los templos se ven desiertos,  
 y tan solo alguna anciana  
 oye misa, y la cuaresma  
 es apenas observada.  
 Por donde quiera blasfemias  
 se escuchan desenfrenadas,  
 que hasta el trono de mi Hijo  
 subiendo fieras é ingratas,  
 mas le hieren que los clavos  
 con que á la cruz le enclavaran.  
 Pues bien, hijos, yo no puedo  
 detener su mano airada,  
 y á la tierra mil castigos  
 muy brevemente amenazan.  
 Las cosechas, casi todas,  
 serán bien pronto agostadas,  
 los niños enfermarán,  
 y las madres con mil ansias  
 veránlos en breves horas  
 exhalar sufriendo el alma.  
 Y habrá un hambre muy terrible,  
 muy terrible y prolongada;  
 mas si los hombres se humillan  
 y á mi Hijo desagravian,  
 reinará por donde quiera  
 la salud, paz y abundancia.  
 Id, añadió, id al punto,  
 id Maximino y Melania  
 y referidle á mi pueblo  
 cuanto mi lábio os acaba  
 de decir, y que conozcan  
 cuan mal mi cariño pagan,  
 que la diestra de mi Hijo  
 detiene cuando irritada  
 castigar quiere á los hombres,  
 que de tal modo le agravian.»  
 Dijo, y cual bella se pierde

la nube tornasolada  
por los bellos horizontes  
que el sol viste de oro y grana,  
se elevó hasta el firmamento  
la Señora que miraban  
los sencillos pastorcillos  
diciendo: «será una santa;  
¿por qué no la habremos dicho  
que con ella nos llevara?»

### III.

#### EL SECRETO.

Antes que por los espacios  
la Señora se elevara,  
un secreto á Maximino  
confió y otro á Melania,  
que tan solo transmitieron  
al Santo Padre, y relatan  
que al conocerlo el Pontífice  
casi derramando lágrimas,  
dijo: son grandes castigos  
que ¡ay! á la Europa amenazan.

### IV.

#### EL ANIVERSARIO.

El 19 Setiembre  
es el día que bajara  
la Reina de los arcángeles  
al sitio do se encontraban  
el dichoso Maximino,  
la venturosa Melania,  
y el día que hacia un año  
por el monte desfilaban  
sesenta mil peregrinos  
que llevó la fé cristiana  
á prestar tierno homenaje  
á la Virgen Sacrosanta.  
En el sitio do la vieron  
los zagales, serpeaba  
una mansa fuentecilla

de salntíferra agua,  
que sanó á todo el enfermo  
que á beberla se acercara.  
Muchísimos sacerdotes  
en aqnel sitio se hallaban,  
y ncentan que ochenta misas  
fneron allí celebradas,  
y oidas con gran respeto  
y entre snspiros y lágrimas  
por los devotos romeros  
que á La Saleta llegaron  
de países muy remotos,  
de las tierras mas lejanas.  
Nebulosa dió principio  
aqnella feliz mañana;  
pero á cosa de las diez  
los velos del sol se rasgan,  
y de sus rayos se inunda  
la pintoresca monaña.  
Y entonces vibró en los aires  
la melodía pansada  
de mas de quinze mil voces  
que el *Magnificat* cantaban.  
Y diz que un buen sacerdote  
dijo con voz entusiasta:  
«Si cual la tradicion cuenta  
aquí no fuera bajada  
hace un año, de los cielos  
la Señora Soberana,  
sin dnda que en este instante  
á nosotros se mostrara.»  
Y todos con fé ardentísima  
repetieron sin tardanza:  
«Sí bajó, que de otro modo  
escnchando que hoy la llaman  
tantos hijos que la adoran,  
descenderia apiadada  
á secar el tierno llanto  
que nuestras megillas baña.»  
Y ¡quién lo dnda! en el cielo  
al llegar tantas plegarias  
cual gratísimo perfume  
que un bello jardin emana,  
los ángeles sonrieron,  
y la Virgen Sacrosanta  
de sn Hijo halló en la diestra  
todo un tesoro de gracia

con que á sus tiernos devotos  
siempre amorosa regala.

V.

CONCLUSION.

Ya has oido mi romance,  
pueblo de la noble España;  
romance que un gran suceso  
á mi mente le dictara,  
y escribió mi pluma tosca,  
mi pluma desaliñada.  
Mas tú fijate en el fondo,  
que claramente relata  
cuánto á Dios ofende, cuánto  
la blasfemia depravada  
y el que le robes el día  
que la Iglesia le consagra,  
y no observes el ayuno

la Cuaresma al ser llegada.  
Ya has visto cuánto padece  
cuando su escelso Hijo agravias;  
la que tanto, tanto y tanto  
y tan de veras te ama,  
que te dió para salvarte  
al fruto de sus entrañas.  
No olvides, pues, esta historia,  
pueblo de la noble España,  
y vosotras madres, todas  
colocad en vuestra falda  
al querido pequeñuelo  
como mi madre cristiana,  
y entre el beso cariñoso  
y la caricia estremada,  
repetidle de mi trova  
los notas desaliñadas,  
y cuando el niño sea hombre,  
lo mismo que á m' me pasa,  
cubrirá de siemprevivas  
vuestra tumba solitaria.

T. B. Y M.



THE  
[Faint, illegible text, possibly a list or index]

[Faint, illegible text, possibly a list or index]

1850